

una estrecha escalera de caracol. Despues se abrió la puerta de un aposento poco iluminado.

Se hallaba delante de Elena..... que, pálida como a muerte, le dijo en voz baja y temblorosa:

—Señor de Chamisso: Como hombre de honor que sois, no interpretareis mal el paso que se ha permitido dar una señora tambien de honor, que vos conocéis. Era preciso hablaros, y como no se os ha permitido la entrada, he aprovechado esta oportunidad que me ha venido como del cielo.

Chamisso no pudo contestar, porque ya las anteriores palabras, y la sola presencia de Elena, le oprimian el corazon de remordimiento por la sospecha que habia tenido, y habria querido arrojarse á sus piés pidiéndola perdon, si ella le hubiera dado tiempo para ejecutarlo.

—Tengo que comunicaros cosas importantes, continuó Elena; pero me permitireis que mi doncella permanezca en el cuarto inmediato, cuya puerta queda abierta.

—Como gustéis, contestó el jóven, que apénas habia oido lo que Elena le dijo, notando entónces el cambio que ella habia experimentado en su rostro. Mucho debió haber sufrido y luchado en los pocos dias que no lo habia visto.

—¿Estais enferma Elena? le preguntó entonces lleno de congoja, mientras la doncella se habia retirado al cuarto inmediato.

Elena no contestó; pero se arrojó á los brazos del jóven y lloró amargamente.

—¡Por amor de Dios! le dijo Chamisso, ¿qué teneis?

—¡Pasaré luego, contestó Elena. Tened un momento de paciencia.

Se conmueve el temperamento varonil mas fuerte, al sostener en sus brazos á una mujer amada que sufre. Chamisso, teniendo la cabeza de Elena apoyada en su pecho, y recibiendo sus lágrimas, se sintió feliz, y desesperado á la vez, porque los convulsivos sollozos de su amada le despedazaban el corazon.

Al fin se calmó el ataque nervioso de Elena, recobrando luego su presencia de ánimo y firmeza.

—¿Qué habeis pensado de mí? dijo ella. Mi papá y mi tia habian dado órden terminante de no dejaros entrar á la casa, mientras que á mí me han tenido como prisionera.

—Algo sospeché de esto, contestó Chamisso. ¿Pero por qué habrá sido todo esto?

—¿Por qué? repitió Elena: porque tratan de venderme.

Chamisso palideció..... recordó involuntariamente á Napoleon y el aderezo de medio millon.

—¡Entonces era efectivo que el emperador os ha visitado! dijo con sorpresa.

—Sí.

—¿Y en secreto?

—Así era su voluntad.

—¿Y quién estaba presente?

—Fuera de los dos..... solo El Eterno, mi amor por vos y mi honor.



Siguió una pausa. Las miradas de Elena reposaban suave y tranquilamente sobre las facciones de Chamisso, quien pasó su mano sobre su frente ardiente, fijando sus ojos en el suelo y respirando con dificultad. No había duda, luchaba con algo terrible en su alma.

Repentinamente dejó caer sus manos; sus ojos chispeaban, y dijo, mirando á Elena con gravedad:

—Os conjuro por nuestro amor, por Dios y por todo lo que sea sagrado, á que me contesteis francamente una pregunta.

—Preguntad, contestó la jóven princesa. Os doy mi palabra de honor que mi contestacion será sincera.

—Pues bien..... dijo Chamisso; pero en lo penoso de la pregunta volvió á cerrar sus labios.

—Hablad, pues, mi amado amigo, le dijo Elena en tono de súplica.

—¡Oh Dios mío! exclamó Chamisso, casi no puedo.

—Es preciso que lo hagais..... ó, dijo la jóven con orgullo, vos me inculpais algo ofensivo á mi dignidad.

Siguió otra pausa. Chamisso sintió repentinamente la mano suave y caliente de Elena en la suya: miró sus ojos, y encontró en ellos un cielo.

—La pregunta, repitió Elena con voz encantadora.

—Es inútil, contestó Chamisso, arrodillándose y cubriendo las manos de Elena con ardientes besos.

—Entonces yo misma la haré. ¿Qué significacion tiene el costoso aderezo que Napoleon ha mandado á la princesa de Leyen?

—¡Dios mío! exclamó Chamisso, luego es cierto.

—Es cierto.

—¿Y qué significa ese regalo?

—Son donas, para el enlace de las familias von der Leyen y de La Reveillère-Lepaux, deseado por el emperador Napoleon.

—¿Y qué hiciste tú, Elena?

—Supliqué al emperador que me dejara todavía con mi padre, y..... devolví el aderezo.

—¿Y el Emperador?

—Estaba furioso. Vino por segunda vez..... pero, déjame callar sobre esto.

—¿Por qué?

—Me arrodillé delante de él, supliqué..... se puso furioso, inexorable..... hasta.....

Aquí Elena se puso mas pálida aún, y respiraba con dificultad. Chamisso, que temia le volviese el ataque, llamó á la doncella, que le frotó la cara con algunos líquidos aromáticos con que logró calmarla, y se retiró luego.

—¿Y cómo terminó la segunda entrevista con el emperador? preguntó Chamisso.

Elena ocultó su cara con sus manos, y dijo con tono sepulcral:

—Insistió en su pretension, y me amenazó en el caso de resistencia, con tu aniquilamiento y el de mi padre.

—¿Y tú? dijo el jóven.



—¿Pude yo sacrificarte á tí y á mi padre? Cedí, pues, en apariencia.

—No comprendo.

—Escúchame con calma. Tú conoces la terquedad inexorable del emperador, al proseguir en la ejecución de alguno de sus deseos. La existencia de mi padre y la tuya se hallaban comprometidas, y yo..... consentí, pues..... es decir..... en dar mi mano á La Reveillère Lepaux, y también en admitir el malhadado aderezo.....

—¡Elena! exclamó Chamisso; poniéndose pálido como la muerte.

—Consentí para ganar tiempo, y..... para concluir tigo y con mi padre.

—¡Gracias á Dios! exclamó Chamisso, llevando sus manos al corazón. Ya vuelvo á respirar.

—Dentro de pocos días dará el príncipe Carlos Schwarzenberg una gran fiesta en honor de la emperatriz. Allí estarán Napoleón y María Luisa, toda la corte, las legaciones y toda la nobleza. También nosotros iremos; y la Reveillère Lepaux, á quien el emperador nombrará mariscal, me presentará á la reunión como su prometida..... pero antes que esto suceda, habrá hecho el Sr. de Chamisso los preparativos necesarios para la fuga. Yo obligaré á mi padre á dejar los salones antes de que concluya la fiesta, y lo llevaré entonces al sitio que hayamos convenido. Vos estareis listo. Iremos á Dieppe donde nos espera una de mis amigas que ha ido á su hacienda para prepararnos una habitación secreta, hasta

que tengamos oportunidad de pasarnos á Inglaterra. Los fondos necesarios aquí están, dijo Elena con febril excitación, poniéndose en pié, y sacando de su escritorio una cartera que entregó á Chamisso. No es mucho, continuó..... es un resto de la herencia de mi difunta madre; pero será suficiente para vivir modestamente por algun tiempo, hasta que la cólera de Napoleón haya calmado. ¿Estais conforme?.....

—¡Elena! exclamó el joven lleno de gozo. ¿Y queréis ser mi esposa?

—Tan luego como hayamos llegado á la costa de Inglaterra.

—¡Oh Dios mio! ¡Cuánto os he ofendido, Elena, dudando de vuestro amor y grandeza de alma!

—Entonces salvadme la vida y el honor..... Salvad á mi padre y salvad á vos mismo de la cólera de Napoleón, y os probaré como fiel esposa, cuánto os amo!

—Cuenta, pues, conmigo, amada de mi corazón, exclamó Chamisso lleno de alegría. Durante la fiesta del príncipe Schwarzenberg, huiremos en alas del amor. La orgullosa Albion nos verá felices.

—Pero ahora, amado mio, es preciso que nos separemos ya, le interrumpió Elena, y que no nos volvamos á ver sino hasta la hora decisiva, porque los ojos del emperador son perspicaces, y ¡ay de nosotros si se llega á saber algo de nuestra entrevista y nuestros planes!

—Adios, pues, dijo Chamisso. Lo que haya que



comunicarnos, se puede hacer por medio de la Srta. Mendelssohn, que desde mañana te visitará.

Otro adios, y Chamisso bajó por la escalera de caracol, conducido por la doncella.

Pocos minutos despues se abrió la pequeña puerta... y un hombre desapareció en las sombras de la noche.

## CAPITULO VI.

### Un noble par de hermanos.

La habitacion de Alejandro de Humboldt en Paris era conforme con su carácter, de una noble sencillez. Las paredes estaban adornadas con estantes de libros, mapas y vistas de los trópicos de América, destinados para agregarlos á su obra colosal. Encima de los estantes habia pájaros y monos disecados, restos de los animales que los viajeros trajeron vivos y que murieron en el tránsito. Como compañeros de viaje les conservaba Humboldt cierto cariño, y su vista le recordaba los bellos é interesantes tiempos que habia pasado en aquellos países. El principal adorno de toda la habita-